

traba una dulzura y una caridad inespliable. Bastaba que solo hablase Espiridion para infundir alegría en el que lo escuchaba. La gracia divina por ser hija del amor, jamás se aposeiona de una alma, sin que haciéndola toda de Dios, no la haga juntamente del prógimo. El Santo es todo amor y afabilidad para con los hombres, por la caridad que reinaba en su corazón. ¡O Dios mío! ¿Qué juicio debo hacer de mí? ¿En donde está aquella caridad, aquella ternura hácia mi prógimo si lo trato con tanta aspereza? No procuro otra cosa que satisfacer mis pasiones, y darme siempre en todo gusto á mi mismo.

COLOQUIO.

¡O amable Jesus mio, tened lástima de mí! Haced que os ame sobre todas las cosas y á mi prógimo como á mí mismo en órden á la caridad; pues en estos dos preceptos se encierra toda vuestra santa ley. Lavadme mas y mas de las manchas de la culpa, para que viva yo y muera en vuestro santo amor.

Padre nuestro &c.

Punto 2.º Aunque Espiridion por su grande caridad era todo para todos, mas con quienes hacia mas particulares demostraciones de amor, eran los pobres peregrinos. No pasaba alguno por su pueblo que no lo obligara á hospedarse en su casa. Lavarles los pies, servirles agua para las manos, y hacer con ellos todos los oficios de un criado, era todo su contento. No se puede esplicar hasta donde llegaba su grande caridad; porque la mayor pena que lo affigia era si algun peregrino se hospedaba en otra parte. Se lamentaba y lloraba entonces su desgracia, como si hubiese perdido un tesoro. Este Santo fué todo para los pobres, y yo ¿cómo me porto con ellos? Veo sus miserias, y no me muevo á compasion. De mejor gana doy á un perro un pedazo de pan que á un pobre. No puedo negar que cuando se trata de gastar por vanidad, por ostentacion, por lujo, por parecer bien no lo siento, y solo me disgusta y se me hace gravoso cuando debo hacerlo por amor de Jesucristo. ¡O buen Dios! ¿Es posible que pueda mas para mí el mundo, á quien nada debo, que Jesus á quien le debo todo? Y cuan-

do Dios en la hora de mi muerte me dé en cara con haber obrado por respetos humanos, ¿qué podré responderle? ¿Qué sentencia podré esperar?

COLOQUIO.

¡O buen Jesus, compadeceos de mí! Haced que yo comprenda bien aquellas palabras en que para movernos á compasion de las miserias del prógimo, nos dijisteis que recibiriais como hecha á vos mismo la misericordia que se usase con cualquiera de vuestros pobres. Dadme para esto un espíritu de caridad. Salvad mi alma, Señor, y concededme que pueda gozar de la felicidad de aquel, de quien dijo el profeta David: Bienaventurado aquel que piensa en el necesitado y en el pobre: el Señor lo librará en el día aciago.

Padre nuestro, Ave María, y Gloríu.

Punto 3.º Como el Señor nos dejó dicho en su evangelio, que á quien dá se le dará mas; á tan grande caridad de Espiridion quiso Dios añadir nuevas gracias para que la ejercitase con mas amplitud; y siendo todavia secular se dignó comu-

nicarle el don de hacer milagros, para que pudiera desahogar completamente aquella caridad para con el prógimo que inflamaba su corazon. Por todo el reino corria la fama de que Espiridion restituia la salud á cuantos recurrian á él, y así era que de todas partes le llevaban enfermos, y el Santo los recibia con benignidad, y los sanaba de sus dolencias aun cuando eran incurables. Escribe el historiador de su vida, que los endemoniados, los que habian perdido alguno de sus miembros, y en fin, todos los que eran molestados de cualquiera enfermedad, por grave que fuese, recibian de manos de Espiridion una perfecta salud, y partian de su presencia llenos de gozo; porque Espiridion amaba la caridad para con el prógimo, el Señor concurría hasta con milagros para que la ejercitase mas plenamente. Es propio de Dios aumentar los talentos á quien negocia fielmente con ellos. A mí me ha dado tantas inspiraciones para que no corriese en pos de las vanidades, para que saliese de mi vida tibia y perezosa, y yo he hecho poco caso de ellas. Pues si al presente me veo menos visitado de Dios, y mas tibio y remiso que antes, ¿de quién

debo quejarme? Y si continuo despreciando los llamamientos de Dios, ¿no puedo esperar justamente que al fin me abandone? Y si llega este caso ¿no soy perdido para siempre? ¿Qué hago, pues, en tan evidente peligro?

COLOQUIO.

¡O Jesus mio, tened misericordia de mí! Hacedme escuchar vuestra voz, pues ya en adelante quiero seguir vuestras inspiraciones. Perdonadme, Dios mio, mi pasada descortesia y dureza: habládme al corazon: decid que quereis de mí, y todo lo haré con vuestra gracia: hablád, Señor, que ya oye vuestro siervo.

ORACION AL SANTO.

Amabilísimo Santo mio, ¿cuándo tendré la dicha de que este mi corazon de piedra se convierta en un corazon de carne? Ah, dulce Padre y protector mio, si viviendo en este mundo fuisteis tan amoroso y tan afable, mucho mas debéis mostrar vuestra caridad y dulzura ahora que estais en el cielo; pues si aquí gustas-

teis gota á gota de la caridad divina, allá la gozais toda en su misma fuente. Alcanzadme, pues, que mi corazon se haga todo para todos, de suerte que á todos ame yo en Jesucristo. Ya os he escogido por Padre; justo es por lo mismo que os imite como hijo, para gloria de aquel buen Dios que os escogió, y á quien sean dadas continuas alabanzas por toda la eternidad.

Padre nuestro &c.

Véase el responsorio y la oracion al fin del último dia.

CUARTO DIA.

Por la señal &c. Os suplicamos Señor &c.

MEDITACION.

Punto 1.º Se habia estendido por todo el reino de Chipre la fama de Espiridion. Todos lo aclamaban por Santo, y todos recurrian á él por el grande poder que tenia de hacer milagros. Estaba entonces la iglesia de Tremitunte privada de su obispo, que le habia arrebatado la muerte; y el clero y pueblo pidieron unánimes á Espiridion para su Pastor: y aun-

que el Santo resistiese al principio tal eleccion, mas al fin las instancias de los electores fueron tan poderosas, que vencieron su profunda humildad. Sujetó, pues, su cuello al grave peso del gobierno de aquella diocesis, imitando á nuestro Señor Jesucristo que dijo habia venido á obedecer y no á amandar. Con este divino ejemplar se conforman siempre los verdaderos siervos de Dios. Así lo hizo S. Espiridion; y yo ¿qué es lo que hago? ¿Podré acaso aspirar al título de siervo de Jesus, teniendo una vida tan contraria á sus sentimientos? ¿Yo que en todo quiero ser honrado, en todo servido? Ah, ¡cuántas son mis quejas, cuanto mi sentimiento si no se me hace aquel pequeño honor, si no recibo aquella pequeña señal de rendimiento! Mas si la muerte me hubiera sorprendido en aquel dia en que estaba en pecado, ¿qué hubiera sido de mí? ¿No estaria ahora á los pies de los mismos demonios? Pues he aquí lo que he merecido. ¿Y puedo quejarme de no ser honrado y servido como quisiera mi soberbia? ¿Y aun puedo andar en pretenciones para satisfacerla, y puedo tener tanta presuncion de mí mismo?

COLOQUIO.

¡O buen Jesus, tened piedad de mí! Haced que aprenda de vos, que sois el maestro de la humildad. Vos dijisteis: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*: y vos os humillasteis hasta la muerte, para confundir mi soberbia. No permitais que yo me glorie de mí mismo, sino solo en vos, que sois el modelo y la corona de los humildes. Yo me repetiré á mí mismo aquellas palabras que confundirán mi orgullo: *¿de qué te envanece tú que eres polvo y ceniza?*

Padre nuestro, &c.

Punto 2.º Elevado Espiridion al obispado, parecia no pertenecer ya á sí mismo, sino enteramente á los prógimos. No se puede explicar el empeño afanoso con que cuidó siempre de su amado rebaño. No perdonaba á fatigas ni penalidades á fin de conducirlo por el verdadero camino del cielo. Unas veces con la suavidad de sus palabras, otras con el rigor de las amenazas, y otras con el asombroso poder de los milagros, procuró siem-

pre hasta el último aliento ejercitar su fervoroso zelo. No atendia ni á su propia salud, ni á las comodidades, ni al descanso; sino solamente á la salud, á la paz, y al alivio de sus subditos. Los afligidos que buscaban su consuelo, los menesterosos que solicitaban socorro, y los extraviados que deseaban ser conducidos por el camino recto de la virtud, todos acudian á él como á Padre, y él los recibia á todos como á hijos, haciéndose todo para todos. á fin de ganarlos á todos para Jesucristo. A cualquiera trabajo é incomodidad se espone Espiridion, para que Jesus no sea ofendido: y yo ¿qué he hecho hasta aquí? Mirar con poco ó ningun cuidado la salvacion de mis prógimos y aun la mia propia. ¡Oh, cuantas veces he espuesto á mi alma al peligro evidente de condenacion eterna! Por gozar de un bien momentáneo, me he puesto en riesgo de perder para siempre un bien eterno. Un solo pecado mortal basta para precipitar á mi alma en el infierno; y no obstante eso ¿cuántos he cometido, y quién podrá fijar su número? ¿Quién es capaz de comprender la gravedad, y la multitud de mis culpas? ¡Y con todo eso no las lloro, y

easi ni me acuerdo de ellas, como si hubiera recibido del cielo la seguridad de habérseme concedido el perdon! Y si desgraciadamente no lo he alcanzado todavía por falta de verdadero arrepentimiento pasando á la otra vida en tal estado ¿no es cierto que me pierdo? ¿No me condeno por toda una eternidad? ¿Y así me divierto y duermo tranquilo en medio de tan grave peligro?

COLOQUIO.

¡O dulce Jesus mio, tened misericordia de mí! Haced que yo me arrepienta de mis pecados. Si, yo los detesto, los abomino, los aborrezco sobre cualquier otro mal; porque con ellos he ofendido ingratamente á un Dios tan bueno, á un Padre tan amoroso como vos. Señor, apiadaos de mí, que he pecado contra vos. No retireis de mí vuestras misericordias. Pequé, Señor, moveos á compasion de mí.

Padre nuestro, Ave Maria, y Gloria.

Punto 3.º Cuando Espiridion aceptó el obispado, estaba toda su diocesis en una suma afliccion; porque el cielo, como si se

hubiese hecho de bronce, no mandaba sobre la tierra árida y sedienta una gota de agua, y así los campos se veían casi desnudos. A tanta sequedad sobrevino por consecuencia la hambre, y á esta la peste. Una gran parte del pueblo habia ya perecido, y el resto estaba al perecer. Mas al entrar el Santo en el obispado, pareció que entraba tambien el consuelo y gozo en sus diocesanos. Apenas tomó posesion, quando dirigió fervorosamente sus ruegos al Señor para que se dignase consolar á aquel pueblo miserable, y al momento se cubrió el cielo de nubes, y cayó una lluvia tan abundante, cuanta era necesaria en aquella calamidad. Desde el mismo instante cesó tambien el rigor de la hambre y de la peste, que amenazaban con un total exterminio. ¡O cuan cierto es que el Señor es Juez severo, y Padre amoroso! Castiga con escasez de aguas, hambre y peste, para tomar una justa venganza de los pecados del pueblo; mas tambien manda á Espiridion para su consuelo y alivio. En lo primero ejercitó su justicia, y en lo segundo su misericordia paternal. Y ¿conmigo qué ha hecho el Señor hasta ahora? Siempre ha usado de misericordia, me ha lla-

mado tantas veces, me ha sufrido tanto tiempo, me ha perdonado con toda liberalidad. A cualquier punto de mi vida que vuelva los ojos, no encuentro sino misericordia de parte de Dios, inspiraciones, ternuras, luces: y ¿todo esto aun no es bastante para hacer que yo le ame? ¿Qué será de mí en lo de adelante despues de tantos beneficios? ¿Me tratará Dios como Padre, ó como Juez? Esperar que siga mostrándose conmigo como un Padre tierno, es temeridad, despues de que he abusado tanto de su misericordia: Luego debo temer, si no me enmiendo, todo el peso de su justicia.

COLOQUIO.

¡O amoroso Jesus mio, compadeceos de mí! Haced que yo sea todo vuestro, como vos sois todo mio. No me hagais sentir los rigores de vuestra justicia, como ciertamente lo merezco, sino continuad aumentando vuestras gracias y misericordias. Si vos me abandonais, Señor, soy un terreno seco, sin frutos de virtud, ni flores de esperanza; todo soy aridez, y quando mas se queda todo mi producto en puras hojas. Continudad en sostenerme, y tened compasion de mi alma. Vedla co-

mo una tierra árida, sin el riego de las aguas que pudieran fertilizarla. Hacedme escuchar vuestra misericordia, pues en vos tengo toda mi esperanza.

ORACION AL SANTO.

O Santo abogado mio: cómo podré decir que deseo amaros, y ser vuestro devoto, cuando en nada procuro imitar vuestra santísima vida? Vos fuisteis todo para todos, procurando con el mayor empeño ser útil á vuestros prógimos, y yo ¿qué hago por ellos? Nada cuido del bien ajeno; pero lo que es peor, tampoco hago caso del propio. Haced, pues, ó Santo Espiridion, que procure la salvacion eterna de los demas, y que con el mayor fervor desee y procure la mia. Los años pasan, y no me acabo de resolver á mudar de vida. Compadeceos de mí, y socorred mi lastimosa necesidad. Alcanzadme de Jesus, como protector mio, un poderoso auxilio que me haga romper de una vez todas mis cadenas, para que comienze ya á amar á aquel Dios, que merece solamente todo mi amor.

Padre nuestro, &c.

Véase al fin del último dia el responsorio y la oracion.

QUINTO DIA.

Por la señal &c. Os suplicamos Señor &c.

MEDITACION.

Punto 1.º Nunca podrá esplicarse bastante la profunda humildad de Espiridion. Aunque aclamado de todos por santo, aunque todos acudiesen á él como á un enviado de Dios, sin embargo, ni la dignidad episcopal, ni las aclamaciones del pueblo, ni su fama estendida por todo el Oriente, pudieron levantarle un dedo de la tierra, ni sacarlo de su nada y del bajísimo concepto que tenia de sí mismo. Los vestidos pobres y humildes que usaba antes en su condicion privada, eran los mismos cuando se hallaba de obispo. Sus viages ya cuando visitaba la diócesis, ya cuando fué al concilio de Nicéa, y cuando lo llamó el emperador á Constantino-
pla fueron siempre á pie. Trataba con todos indiferentemente con dulzura y familiaridad; sin manifestar con nadie superioridad ni arrogancia. Espiridion con tantos aplausos del mundo en nada se aficionó á él. Quanto mas procuraron los hom

bres ensalzarlo, tanto mas procuró humillarse por amor de Jesus. ¿Y yo me lleno de vanidad y orgullo al mas ligero aplauso? No ejecuto obra alguna ni aun de piedad, sin ser acometido al instante por la complacencia de mí mismo. ¿Y en qué puede fundarla? Si hago alguna cosa para gloria de Dios, ¿no es ella misma un don de Dios? ¿Por qué, pues, me vanaglorio como si fuera propia? Ah ¡cuan miserable soy! Si Dios por un momento me abandonara, ¿qué haria yo entonces? ¿No caeria en mil pricipicios y pecados?

COLOQUIO.

¡O buen Jesus, compadeceos de mí! Haced que llegue á conocerme á mí mismo, y á conoceros á vos. Vos sois un abismo de bondad, y yo un abismo de miseria. ¿Y es posible que me tenga en tanta estimacion, y me olvide de vos? ¿Qué soy yo si vos me faltais? Tened piedad de mí. Sí, Jesus mio, os lo repito, tened lastima de mí. Yo espero en vuestra misericordia, para siempre y por los siglos de los siglos.

Padre nuestro, Ave. Maria, y Gloria.

Punto 2.º Llamó el emperador Constantancio á Espiridion, para que lo sanase de un gravísimo dolor de cabeza, que lo molestaba en extremo. Partió el Santo desde Tremitunte para Constantinopla; mas ni mudó vestido, ni se puso de gala para presentarse al monarca. Entró á la gran corte con un bastoncillo de olivo en las manos, y así subió las escaleras del palacio, y se internó á la sala de audiencia. Los príncipes y caballeros, al ver á Espiridion, á quien no conocian, en una reunion de tanta nobleza, se indignaron, y teniéndolo por un hombre bajo y despreciable, uno de ellos, el mas atrevido, le descargó sobre el resto una bofetada. El humildísimo Santo no se inmutó con tal afrenta; antes bien presentó la otra megilla, como enseña el evangelio, ofreciéndose á recibir otro golpe. El decir, como lo hago algunas veces, que soy un pecador, que merezco el infierno, y que soy digno de estar á los pies de todos, me es cosa muy fácil: mas recibir de mis prógimos un disgusto aunque ligero, ¡oh cuan difícil me parece! Puedo persuadirme de que merezco el infierno; y con todo no puedo sufrir una pequeña incomodidad en satisfaccion

de tantas culpas. Debo hacer penitencia, porque el pecado no se puede quedar sin castigo: y debo hacerla ó en esta vida ó en la otra. ¿Por qué, pues, no quiero sufrir aquella injuria, aquella descortesía, aquella palabra dicha contra mí? A poca costa puedo pagar lo mucho que debo á Dios, ¿y no lo haré?

COLOQUIO.

¡O buen Jesus mio, miradme con ojos de piedad! Haced que perdone yo por amor vuestro las injurias que me hicieron los hombres; pues vos me perdonais tantos pecados. Si, Jesus mio, por vuestro amor perdono de corazon á quien me ha ofendido. Estoy cierto de que vos me perdonareis, si yo soy generoso para perdonar. El que usa de misericordia con su prógimo alcanzará de vos misericordia. Salvad mi alma, Señor, para que cante vuestras misericordias por toda la eternidad.

Padre nuestro, Ave María, y Gloria.

Punto 3.º A un acto tan heroico de sufrimiento y de humildad como el que hizo Espiridion al recibir la bofetada, que

dó el atrevido agresor asombrado y como fuera de sí, y mas cuando supo que aquel anciano era el famoso Espiridion. Lleno entonces de rubor y de pena se arrojó el caballero á los pies del Santo, pidiéndole con lágrimas perdon de su grande atrevimiento. Fué tan sobresaliente la mansedumbre del siervo de Dios, que sin perturbarse por la injuria se puso á consolar con dulcísimas palabras á aquel cortesano, prometiéndole rogar por él á Dios, para que lo hiciese todo suyo, como en efecto sucedió, convirtiéndose el caballero en otro muy diferente en costumbres del que era antes. Espiridion recibiendo una bofetada en presencia de tantos nobles, no se resiente; antes bien ruega á Dios por el que lo habia injuriado: ¿y yo como me porto? Jamás olvido una injuria aunque ligera: manifesto con palabras, y con obras mi resentimiento: y doy á conocer mi aversion á quien me ofende. Mas si Dios se portára así conmigo por tantas ofensas que le he hecho, ¿qué seria de mí infeliz? Pues su Magestad ha dicho espresamente que de la misma manera que nos portaremos con nuestros deudores, se portará con nosotros, que

somos deudores suyos. Luego si yo no me olvido de los agravios que he recibido, y que en comparacion de mis pecados son de poco momento, Dios tampoco olvidará las muchas ofensas que ha recibido de mí.

COLOQUIO.

¡O buen Jesus, tened misericordia de mí! Haced que llore y deteste mis iniquidades, que son tantas y tan grandes. Propongo, Señor, sufrir por vuestro amor todos los disgustos que me causen mis prógimos, y humillarme siempre por complaceros y poder decir: mirad mi abatimiento y mi trabajo, y perdonadme todos mis pecados.

ORACION AL SANTO.

¡O santo protector mio Espiridion! Bien sabéis que soy merecedor del infierno, y que si no estoy penando en sus llamas eternas no ha quedado por mí, que bastante he buscado con mis pecados como precipitarme en ellas para siempre, sino solamente por la infinita mi-

sericordia de Dios, que se ha dignado detenerme. Lo conosco, lo confieso, y sin embargo estoy tan lleno de soberbia, que ademas de complacerme vanamente de mí mismo, no se sufrir una leve injuria, una palabra dicha contra mí. ¡O amado Santo mio, que en vida fuiste tan humilde! rogad por mí, para que me reconosca á mí mismo, y me resigne á tolerar de buena voluntad cualquiera agravio, acordandome de que tantas veces he merecido el infierno. ¡O Santo humildísimo, interponed por mí vuestras súplicas ante el trono divino; pues estoy cierto de que á tan poderoso intercesor como vos, no ha de negar cosa alguna aquel Dios, á quien amasteis tanto en vida, y á quien amais ahora tan ardentemente en la feliz eternidad.

Padre nuestro, Ave Maria, y Gloria.

Vease al fin del último dia el responsorio y la oracion.

SESTO DIA.

Por la señal &c. Os suplicamos Señor &c.

MEDITACION.

Punto 1.º Fué llamado Espiridion á la corte de Constantinopla, por la esperanza que concibió el Emperador Constancio de sanar de una gravísima enfermedad. Era atormentado este Príncipe de un dolor insoportable de cabeza, y no aliviándolo remedio alguno, se encomendaba á Dios de corazon para alcanzar la salud. Una noche durmiendo le pareció ver á un angel, que le mostraba un coro de Obispos, entre los cuales habia uno que era el único que podia librarlo de su dolencia. Al despertar por la mañana, ansioso por saber quien era aquel Prelado que habia de sanarlo, hizo convocar á todos los Obispos del imperio, en cuyo número se hallaba Espiridion. Introducidos á la sala de audiencia, al ver Trifilio, compañero del Santo, la gran magestad del trono en que estaba el Príncipe, se quedó como estático; y admirándolo Espiridion, le dijo: ¿qué haces, Trifilio? Tanto te sorprende el ver á un hombre vestido con la púrpura real? Dentro de breve ¿no morirá tambien como otro qualquiera?

ra? ¿No será encerrado en un sepulcro para servir de pasto á los gusanos? ¿No se verá tambien en la precision de presentarse al supremo juez Jesucristo, para dar una cuenta esactísima de su vida? ¿Por qué pues, te maravillas tanto de cosas que solo tienen la apariéncia, y que acaban en un momento? Sí, todo acaba en este mundo. Al morir no hay diferencia entre un Príncipe y el mas humilde pastor. Muere el pobre, y muere el rico: gusanos tiene el rico, gusanos tiene el pobre: nada le queda al pobre, y nada le queda al rico. Y sin embargo, ¿quanto aprecio un poco de honra! ¡Cuántas veces he puesto en peligro mi alma por un pequeño bien temporal!

COLOQUIO.

¡O Jesus mio, tened piedad de mí! Haced que yo desprenda mi corazon de las grandezas de este mundo, de los honores que desaparecen como el humo, y de los placeres que no son otra cosa que vanidad. De qué me servirá ganar todo el mundo, si pierdo mi alma? Perdonadme, Señor, tantos pecados que he cometido: yo

confío en vuestra misericordia. No tengo otros méritos que presentaros, sino vuestras mismas llagas: en ellas pongo toda mi esperanza.

Padre nuestro, Ave María, y Gloria.

Punto 2.º El zelo que manifestó San Espiridion en corregir á Trifilio, llegó á los oídos del Príncipe, el cual fijando en él la vista, al momento se acordó de aquel Obispo que se le habia representado en sueños, y reconoció en el Santo todas las señas que el Angel le habia indicado en la vision. Y así, persuadido de que Espiridion era quien debia sanarlo, bajó inmediatamente del trono, y con asombro de todos se arrojó humildemente y bañado en lágrimas á sus pies, suplicandole le restituyese la salud, pues era el único que para este fin tenia destinado el cielo. Si Espiridion hubiera servido al mundo, ¿hubiera jamas llegado á ver postrado á sus pies á un monarca? El ser verdadero siervo de Dios fué la causa de ver humillado delante de sí á un príncipe tan poderoso. Despreciando al mundo por Dios, es como se adquiere aun en el mundo un sumo honor. ¿Por que, pues,

no sirvo á un Dios tan fiel, que aun en esta vida quiere recompensarme de aquello que desprecio por su amor? ¿Quiere ademas darme un galardón eterno? ¿y aun todo esto no basta para que le ame, y le sirva con fidelidad?

COLOQUIO.

¡O Jesus mio, tened misericordia de mí! Haced que me desprenda enteramente de las cosas de este mundo, para ser todo vuestro, y poder decir como uno de vuestros siervos mas fieles: *Dios mio, y todas las cosas*: perdóname mis pecados, que detesto de nuevo con todo mi corazón. Haced que en descuento de ellos padezca en este mundo cuanto mas se puede padecer; pero todo por vuestro amor. Dadme paciencia en las adversidades. Dadme, Señor, en esta vida sufrimiento, y concededme el perdón de mis culpas.

Padre nuestro, Ave María, y Gloria.

Punto 3.º Espiridion, atendiendo mas en el emperador Constancio á la salud

del alma, que á la del cuerpo, tomando un aire de gravedad, lo echó á que tuviese siempre en la memoria el beneficio que iba á recibir, usando de clemencia con sus súbditos, y de misericordia con los pobres: porque (añadió el Santo) cuanto mas elevada es vuestra dignidad, tanto mas debeis sobresalir en virtud. Puso despues la mano sobre la cabeza del príncipe, quien al momento quedó enteramente libre de sus dolores. Se estendió luego por todo el palacio y por toda Constantinopla la noticia del milagro: todos corrian á venerar al siervo de Dios: todos deseaban besar la orla de sus vestidos: todos lo aclamaban por Santo. Solo Espiridion, como escribe Surio, andaba en las bocas de todos, y era quien se llamaba toda la atencion. Constancio se humilla, y llora á sus pies, mas por conseguir la salud del cuerpo; y Espiridion piensa en la salud de su alma: y yo ¿como me porto? Si me ataca una pequeña enfermedad, todos mis pensamientos son recobrar la salud. Prescribe el médico una dieta rigorosa, y yo obedesco: manda sangria, y no me resisto: receta bebidas amargas,

y yo las tomo prontamente por sanar á esta carne, que no es mas que un saco de gusanos. Y mi alma ¿qué cuidado me merece? ¿Y si yo no hago aprecio de ellas, no perderé tambien el cuerpo? ¿Si mi alma vá al infierno, no irá tambien mi cuerpo? ¿Y pongo todo mi cuidado en la salud de éste, sin pensar en la de mi alma?

COLOQUIO.

¡O dulce Jesus mio, miradme con piedad! Haced que piense seriamente en la salud de mi alma, y que atienda solamente á salvarla para siempre. Yo la pongo en vuestras manos santisimas. De ellas depende toda mi suerte. Dadme fuerza para huir de la culpa, que es la que puede privar á mi alma de vuestra gracia. Señor, sanad mi pobre alma, pues son muchos mis pecados.

ORACION AL SANTO.

¡O Santo protector mio Espiridion! Cuando llegará el dia en que desprenda mi corazon y mi afecto de los bienes